

PRÓLOGO

Nueva Orleans, Luisiana...

El Impostor no había llegado aún, pero las multitudes lo habían precedido y Jackson Square estaba abarrotada de gente. Un mar de creyentes bulliciosos se extendía desde la orilla rocosa del río Misisipi hasta la tribuna del micrófono que se había levantado ante la fachada de un blanco resplandeciente de la catedral de San Luis. Un turbulento mar de creyentes, empujando y sudando bajo el sofocante sol del mediodía.

Algunos llevaban pancartas:

«ARREPIÉNTETE Y TE SALVARÁS»

«PREPÁRATE PARA EL ÉXTASIS»

«TRINITY HABLA POR LA TRINIDAD»

Idiotas.

El hombre se preguntó si lograría hacer un disparo limpio. *En las manos de Dios está*. Se apartó de la ventana y comprobó de nuevo el mecanismo del bien engrasado fusil que le habían dejado en aquella habitación. *Cloc-cloc*. Suave.

Por supuesto, había policías por todas partes. Estaba presente incluso la Guardia Nacional. Y los medios de comunicación. Abajo furgonetas de noticiarios y arriba helicópteros. El cronometraje tenía que ser perfecto. Si era rápido y cuidadoso, nadie tendría por qué verlo en la ventana. Las luces del apartamento estaban apagadas y los visillos, amarillentos por años de sol y nicotina, estaban sujetos a la pared con cinta adhesiva, para que no los mo-

viera una brisa inoportuna. También esto se lo habían preparado antes de su llegada.

Había instalado una mesa con un saco de arena para apoyarse a poco más de un metro de la ventana. Esta distancia de los visillos impediría que lo vieran desde la calle, mientras que él, en cambio, podría verlo todo con la mira telescópica.

La muchedumbre de la calle empezó a rugir. Había llegado la hora. El hombre levantó el rifle de la cama, colocó el cargador y, *cloc-cloc*, un proyectil pasó a la recámara. Luego llevó el rifle a la mesa y lo apoyó firmemente sobre el saco de arena. Se limpió el sudor de la frente con la manga y aplicó el ojo a la mira telescópica.

Su objetivo había llegado. Cerca de una docena de policías abrieron un pasillo hasta la pequeña tribuna situada delante de la catedral y el Impostor lo recorrió empuñando su famosa biblia azul para la televisión. Llevaba un flamante traje de seda que recogía los reflejos de su cabello ondulado y canoso. Su piel brillaba con un intenso bronceado de salón de belleza. El bronceado contrastaba con su brillante sonrisa. Su dentadura parecía postiza o hecha de implantes.

Perfecto y perfectamente falso.

El Impostor subió a la tribuna dando un saltito y saludó con las dos manos a la multitud que lo vitoreaba. Se acercó a los micrófonos e indicó por señas al gentío que se calmara. Los vítores se acabaron.

De repente —*¿la divina providencia?*— los policías retrocedieron, dejando el objetivo al descubierto.

En las manos de Dios está.

El Pastor había dicho que no apretara el gatillo antes de la una y media. Miró el reloj. La una y treinta y cuatro minutos.

El hombre volvió a secarse la frente con la manga, pegó el ojo a la mira telescópica y lentamente fue moviendo el retículo hasta que quedó en el centro del pecho.

Quitó el seguro del arma.

Puso el dedo en el gatillo.

—Estado de gracia —murmuró. Respiró hondo, contuvo la respiración y efectuó el disparo.

PRIMERA PARTE

1

Lagos, Nigeria. Cuatro semanas antes

Daniel Byrne no vio al muchacho del revólver hasta que lo tuvo a dos metros de distancia en el tranquilo callejón que había detrás del puesto de frutas. Antes de ver el arma, Daniel Byrne había disfrutado del mejor día de su viaje.

El primer día libre en dos semanas, el séptimo de los nueve que llevaba en África. Un día libre de compromisos, obligaciones y expectativas. Un día en que no tenía que responder a su reputación de Niño Bonito del departamento. Había pasado la mañana tomando el sol, leyendo una novela en la playa y bañándose en el océano Atlántico, tan caliente como una bañera y ligeramente salado. Al volver a su suite de ejecutivo del piso superior del Federal Palace Hotel, se había duchado, había tomado la gran decisión de conceder a sus mejillas un día libre de afeitadora y se había vestido con un pantalón informal, una camisa Tommy Bahama negra y unos náuticos sin calcetines.

Salió a la terraza y dejó que el aire salado le acariciara el rostro mientras miraba la playa de arena blanca, con el centelleante océano azul más allá. Se inclinó hasta que notó la presión de la barandilla en la cintura, por encima de la pelvis. Luego se inclinó más aún, sin sujetarse con las manos, doblándose sobre el barandal, mirando el patio de cemento y la piscina de abajo.

Empezó a sentir un cosquilleo.

Siguió inclinándose. La barandilla se sacudió ligeramente, aunque no era probable que se soltara del todo. Improbable, pero no imposible.

El cosquilleo se convirtió en una ráfaga de adrenalina. Con el corazón acelerado, Daniel imaginó que los tornillos del antepecho se soltaban del hormigón de la pared, imaginó la repentina sacudida de la barandilla al desprenderse del todo. Imaginó la inmersión en el vacío. Como cuando soñamos que caemos y el sobresalto nos devuelve al umbral del sueño.

Pero la barandilla resistió.

Se enderezó, expulsó el aliento retenido, entró en la habitación y volvió a comprobar el correo electrónico. Todo tranquilo en la oficina. Luego cogió un taxi hasta el mercado de Jankara.

Paseó entre los puestos de acero corrugado y lonas decoloradas por el sol, sorteando a los mendigos y a los ocasionales ciclomotores, deteniéndose en los puestos de los artesanos, pensando en buscar un regalo para su jefe, cuyo cumpleaños estaba al caer. La artesanía nativa siempre era una buena baza.

En el puesto de un vendedor de amuletos vio un crucifijo sorprendente, con la cruceta tallada en ébano, tan pulido que relucía. Pero el cuerpo era de marfil auténtico, así que pasó de largo.

Siguió andando, fijándose en los brillantes colores y las recias texturas, los sonidos agudos y los acres olores de la séptima ciudad más grande del mundo. La segunda más grande de lo que fue conocido, unas generaciones antes, con el nombre de Continente Negro.

El aroma a carne a la brasa, cacahuets y chiles calientes condujo a Daniel hasta una tienda de color verde oscuro, situada enfrente del puesto del vudú, empotrada entre un puesto en el que brillaban joyas de colores, hechas a mano en la misma Nigeria, y otro en el que vendían bolsos de imitación de Gucci y Louis Vuitton, fabricados en el sudeste asiático, que habían pasado la aduana gracias a los sobornos y luego habían sido robados de algún camión de transporte.

En medio de los remolinos de humo había un viejo sentado, con la piel oscura como el ébano y la barba más blanca que el marfil, ocupado en girar sobre un brasero de carbón oxidado unos pinchos de madera con varios trozos de carne, gritando:

—*Suya, suya!*

Colgado en la pared de lona había una especie de menú:

CERDO

POLLO

VACA

CABRA

Al lado del menú había un dibujo de una serpiente enroscada en un palo, con un gran huevo en la boca abierta. *Damballah Wedo*. El Principio, Creador del Universo, el primero de los *loa* para los yorubas practicantes de la religión ifa, y para los practicantes de las nuevas ramas surgidas en el Nuevo Mundo, como el vudú y la santería.

A Daniel le habían advertido que no comprara ningún animal en el mercado, ni vivo ni muerto, ni cocinado ni crudo. La carne de gatos y aves de rapiña se hacía pasar por pollo, y la de perros y hienas por vaca. Los rumores sobre lo que hacían pasar por cerdo eran demasiado horribles para ponerse a imaginar cosas. La cabra era la elección más segura. La carne de cabra tenía un sabor que podías aprender a distinguir, y las cabras abundaban en la zona, ya que era barato criarlas y no merecía la pena el engaño. Daniel siempre pedía cabra. Levantó dos dedos.

—*Eji obuko, e joo*. —«Dos de cabra, por favor.»

El viejo le obsequió con una sonrisa desdentada y cogió dos pinchos.

Daniel le dio unos billetes, la cantidad equivalente a unos veinticinco centavos de dólar americano. Con mucho gusto le habría dado cinco dólares, pero eso habría sido un insulto al orgullo del vendedor, así que se limitó a pagar el precio señalado en el menú.

—*E se* —repuso. «Gracias.»

El viejo alargó una mano.

—*Ko to ope. Kara o le*. —«De nada. Buena salud.»

Daniel se internó entre la multitud y vio un callejón tranquilo detrás de un puesto de frutas. Se dirigió hacia allí y se sentó en un

cajón vacío para comer. El *suya* estaba delicioso, quizá tan bueno como el que servían en el Ikoyi. Y estaba totalmente seguro de que era cabra.

Se limpió los dedos en la servilleta de papel basto, se levantó, dio media vuelta y vio al muchacho, a un par de metros.

Lo vio antes de ver el revólver.

El chico no debía de tener más de trece años. Un niño flacuchito. Demasiado flaco y vestido con unos tejanos recortados, dos tallas demasiado grandes y sujetos a la cintura con una cuerda, una camiseta que en tiempos fue blanca y ahora estaba deshilachada y llena de manchas. Al cuello llevaba una diminuta cadena con una pequeña cruz de oro. Su piel era casi tan oscura como la del vendedor de *suya* y tenía los ojos muy separados. Ojos más desesperados que temerosos.

Y entonces vio el arma. Un revólver corto que le apuntaba al pecho.

—Dame la billetera.

Daniel soltó la servilleta de papel, levantó el dedo índice de la mano izquierda y sacó lentamente la billetera del bolsillo trasero de su pantalón, sin dejar de asentir con la cabeza.

—Ningún problema, lo entiendo. —Habló con voz indiferente y mantuvo la expresión plácida. Terminó de masticar el último bocado y tragó—. Aquí está la billetera. —La abrió y enseñó el contenido—. No hay tarjetas, pero tengo doscientos dólares yanquis, y son para ti.

—Dámela.

Daniel lo miró fijamente a los ojos.

—Bueno, tenemos un problema. Puedes quedarte con el dinero, pero tendrá que ser a cambio del revólver.

—¿Qué?

—Te estoy ofreciendo el dinero, pero te compro el revólver. Es una adquisición.

El chico lo miró de hito en hito mientras cavilaba.

—Entonces te pegaré un tiro y me llevaré la billetera de todos modos. ¿Qué te parece?

Daniel sostuvo la mirada del muchacho.

—La verdad es que no me gustaría en absoluto. ¿Lo has hecho antes?

—Un montón de veces.

—No —Daniel esbozó una sonrisa compasiva—. No lo has hecho nunca —sacó los billetes de la billetera— y no quieres empezar ahora. —Señaló la cruz que llevaba al cuello—. ¿De veras quieres mancharte las manos con mi sangre? ¿Cargar con eso el resto de tu vida? ¿Responder por ello cuando te llegue la hora? —Se guardó la billetera vacía en el bolsillo—. Dame el revólver y podrás quedarte el dinero.

El muchacho se mordió el labio y negó con la cabeza.

—Si te doy el revólver, me dispararás y recogerás el dinero.

—Cierto. —*Sigue asintiendo con la cabeza, mantén el tono de simpatía y el mensaje optimista*—. Tengo la solución. Quítale las balas y luego me das el revólver, y así todo saldrá a tu gusto. —Claro que, si quería, también le podía dar al muchacho un golpe con el revólver vacío y dejarlo sin sentido sin mucho problema, pero no quería hacerlo, y supuso que el chico se daría cuenta de que decía la verdad. Como también se daba cuenta de que podía adivinar sus intenciones—. Doscientos dólares americanos. Dame el revólver y son tuyos. —*Sé siempre amable*.

El muchacho se lo pensó unos segundos y luego abrió el tambor, se echó las balas en la mano izquierda y se las guardó en los bolsillos del pantalón. Alargó la mano con el revólver y dijo:

—Al mismo tiempo.

Hicieron el intercambio con un solo movimiento y el muchacho echó a correr. Daniel fue con el revólver hasta el fondo del callejón. Si lo entregaba a la policía, el arma volvería a estar en la calle antes de que se hiciera de noche. Amartilló el revólver, utilizó una piedra para romper la mira y aplastó el percutor hasta que se dobló y ya no encajó en su sitio, luego tiró a la basura el arma inutilizada.

—Menudo imbécil estás hecho —anunció una voz detrás de él.

Daniel conocía aquella voz. Se volvió en redondo.

—¿Cuánto tiempo lleva ahí mirando?

El padre Conrad Winter se tiró del alzacuello para que le entrara algo de aire y sonrió.

—El suficiente.

—Gracias por la ayuda.

—No hay de qué. —El sacerdote volvió a tirar del alzacuello y se pasó un pañuelo por la frente, echando hacia atrás su húmedo cabello rubio—. Aquí fuera hace más calor que en un horno, vamos a buscar un sitio a la sombra.

2

Conrad Winter chascó los dedos y un camarero puso en la mesa un narguile de dos tubos, se alejó y volvió con una cafetera de cobre con café turco dulce.

Daniel no quería aquella reunión, pero el cargo de Conrad como jefe de la oficina de los Servicios Sociales Internacionales era de la misma categoría que el del jefe de Daniel, el padre Nick. Rechazar aquel encuentro no era una opción. Al menos la cafetería era un lugar fresco, con paredes abiertas y grandes ventiladores en el techo. Se inclinó sobre el narguile, cogió un tubo y aspiró. La pipa burbujeó y la boca se le llenó de sabor a coco. Expulsó el humo.

—¿Qué le trae por Lagos, padre Conrad?

—El caso en el que estás trabajando.

—Tengo seis expedientes abiertos y tres a la espera. Me temo que tendrá que ser más concreto.

Conrad tomó un sorbo de café.

—¿Y a ti qué más te da? —Se señaló el alzacuello—. Es un símbolo poderoso, te convierte en un *dios menor* ante esta gente. ¿Por qué no lo llevas?

Lo último que Daniel necesitaba era llamar la atención más de lo que ya la llamaba. Pero no pensaba dar explicaciones.

—Demasiado calor —respondió.

—Pues te diré algo —adujo Conrad, aspirando del narguile—. Ese muchacho nunca habría apuntado a un sacerdote con el revólver. —Exhaló una nube blanca—. Siento curiosidad. ¿Cuánto le diste? —Daniel se encogió de hombros—. ¿Y cuánto cuesta un arma en la calle? ¿Cuarenta, cincuenta dólares? —Otro encogimiento de hombros—. Así pues, ¿qué has conseguido? El chaval comprará otra pistola con ese dinero.

Lo más probable era que así fuese. Pero qué más daba. Daniel había resuelto la situación sin hacer daño al muchacho y sin que le pegaran un tiro, y como premio, había eliminado de las calles un arma de fuego.

Y quizá le había dado al chico algo en lo que pensar.

Quizá.

Volvió a inhalar una bocanada de humo del narguile y preguntó:

—¿Qué caso?

—El de la chica.

—¿Qué chica? —Sabía perfectamente la respuesta, pero no pensaba hablar más de la cuenta.

Por toda explicación, Conrad levantó las manos y enseñó las palmas.

—Sur de Abuja. Lo necesitamos.

Así que Conrad tenía acceso a los correos electrónicos de Daniel. Era la única forma en que podía haberse enterado de que era necesario convencerlo personalmente. Otro divertido día con la política oficial del Vaticano.

—La investigación fue justa —explicó Daniel—. La chica no es un milagro.

—Hay mucho en juego en esta historia, Niño Bonito.

—Sobre todo para la chica.

Conrad apuró el café que le quedaba, con posos y todo, y dejó la taza con un golpe seco.

—¿Crees estar en un plano de superioridad moral? Pues no. Estamos en guerra y esta chica se encuentra en primera línea. Trece provincias han caído bajo la ley islámica, pronto serán catorce, y se está extendiendo hacia el sur. Ves a esa chica y quieres salvarla. Hipocresía. ¿Qué pasa con los millones de muchachas que han tenido la desgracia de nacer en este lugar? ¿Qué posibilidades tendrán si la marea sigue avanzando? ¿Crees que Dios quiere que vendamos su futuro a cambio del de una sola chica para que tú puedas regodearte en tu integridad?

—Esto no tiene nada que ver conmigo.

—Y una mierda que no.

Daniel contuvo su primera reacción.

—Padre Conrad —alegó—, estoy de acuerdo con el objetivo, pero esa no es la forma de alcanzarlo. La ODA es independiente por una razón, y no certificamos falsos milagros a sabiendas.

—Por lo que he oído, tú no certificas *ningún* milagro.

Un golpe bajo, pero Daniel no se inmutó.

—Todavía no. Pero sigo buscando.

—Entonces bájate de la cruz y mira con más atención a la Chica de los Estigmas. La parroquia se ha llenado de creyentes desde que ella empezó a manifestarse. —*Manifestarse*. Así lo llamaban en el Vaticano—. ¿Leíste el informe sobre Nigeria de Servicios Sociales Internacionales antes de volverte nativo y comer carne de la selva?

—Era cabra.

—Boko Haram está obrando como prometió. El recuento es de más de mil y está aumentando.

—Padre Conrad, he leído el informe.

—Entonces piensa en esto: a pesar de todo, y gracias a este milagro, estamos ganando corazones y almas en esa zona.

—Espero que prosiga el éxito, pero mis órdenes son claras. Yo investigo las pruebas hasta donde me lleven. —Daniel terminó el café—. Y no trabajo para usted.

Conrad rebuscó en los bolsillos de su chaqueta y sacó un sobre, que le entregó por encima de la mesa.

Daniel giró el sobre y el corazón le dio un vuelco. En la solapa destacaba el sello de cera roja del cardenal Allodi, el superior directo de Conrad y del padre Nick. Sospechaba desde hacía tiempo que Allodi favorecía la misión política de los Servicios Sociales Internacionales a costa de las obligaciones, más esotéricas, de la Oficina del Abogado del Diablo.

Rompió el sello y leyó la carta.

Padre Daniel:

Debido a las fluctuaciones del trabajo del departamento, a partir de ahora se le traslada de la Oficina del Abogado del Diablo a la Oficina de Servicios Sociales Internacionales. Se pondrá al servicio del padre Conrad Winter hasta nueva orden.

En la fe servimos.

—El cardenal Allodi me contó lo de Honduras —explicó Conrad—, así que no obres como si estuvieras por encima de esto.

Daniel se irritó. Se imaginó rompiéndole la nariz a Conrad de un derechazo y luego propinándole un gancho en las costillas, y otro en... Se contuvo y volvió a centrarse en lo que le estaba diciendo su superior.

—... no puedes fingir que no ha ocurrido. Hubo gente que murió por tu culpa. Supongo que nunca sabremos cuántos sucumbieron por tu propia mano, pero...

—Tres —replicó Daniel—. Maté a tres. Y eso ya lo sabía usted..., ¿o vamos a hacer como que no ha leído el expediente sobre el caso?

Conrad apretó los labios ligeramente.

—Ten cuidado, Daniel.

Éste asintió con la cabeza, no como disculpa, sino como una admisión a regañadientes de su nueva posición.

El tono de Conrad se volvió más coloquial.

—Te gustará estar en Servicios Internacionales. Tenemos muchos lápices que necesitan ser afilados, y eres el hombre indicado para ese trabajo. Te curaremos de tu pecado de soberbia y serás mejor sacerdote cuando decida que puedes volver a la Oficina del Abogado del Diablo. —Sonrió espontáneamente a Daniel, una forma de decirle: jaque mate.

3

Roma, Italia

Daniel recogió su Honda Shadow, estacionada desde hacía mucho en el aparcamiento del aeropuerto Leonardo da Vinci, enfiló la Autostrada y se dirigió hacia las luces de Roma, sin ver apenas la carretera, reproduciendo mentalmente escenas de lo ocurrido en Nigeria.

El servil sacerdote titular de la parroquia, empeñado en aprovechar su milagro local para promocionarse en la gran ciudad. Los abuelos y padres llenos de orgullo porque «Dios ha elegido a nuestra pequeña Abassi para que tenga las heridas de Cristo». Y la adolescente de inmensos ojos castaños, energía frenética y un puñado de clavos de rosca de siete centímetros, arrancados del techo y escondidos bajo el colchón.

Daniel la había pillado en el acto. Sabía que se estaba infligiendo las heridas ella misma, pero se hizo el tonto unos días, entrevistó a la chica y a su familia con preguntas inocentes, para darles seguridad. Cada pocas horas, la familia se las ingeniaba para dejar sola a la chica.

—Necesita descansar. Esto es muy duro para ella —explicaba un miembro y todos los demás le daban la razón asintiendo con la cabeza con aire compasivo, retorciéndose las ásperas manos de campesinos. Permanecían sentados en la cocina, tomando té en tazas desportilladas, y cuando volvían una hora después con una taza para la muchacha, pisaban con fuerza y se detenían un rato largo, demasiado largo, antes de llamar a la puerta.

Ceguera intencionada. Se esforzó por no odiarlos por eso.

Al tercer día, durante uno de los «descansos» de la chica, Daniel salió de la cocina con una excusa y se dirigió al cuarto de baño, igual que había hecho todos los días anteriores. Pero esta vez fue directamente a la habitación de la muchacha y abrió la puerta de golpe.

Estaba sentada en su cama y sonriendo, cantando con voz queda «Jesús me ama», mientras se hundía un clavo en la palma de la mano izquierda. Luego giró el clavo, agrandando la herida y dejando que la sangre cayera en su regazo.

Conrad tenía razón en cuanto a lo que estaba en juego. La modalidad distorsionada y fundamentalista del islam que Boko Haram estaba difundiendo en Nigeria era algo más que retrógrada: era violenta, misógina y apocalíptica. El nombre Boko Haram significaba «la educación occidental es sacrilegio». Sus componentes habían jurado matar a todos los cristianos que vivieran en su territorio y, desde luego, lo estaban intentando. Ya habían asesinado a más de mil e incendiado más de trescientas iglesias. Las navidades anteriores habían matado a cuarenta y dos católicos. Los musulmanes moderados que se esforzaban por gobernar el país en colaboración con la minoría cristiana estaban perdiendo terreno ante los islamistas radicales, y tras vivir durante varios años bajo la amenaza de una inminente guerra civil, nadie quería admitir que la guerra ya había empezado a librarse. Los políticos seguían utilizando el término «insurgencia», que había acabado por sonar a mentira piadosa.

Por supuesto, los fines de Conrad eran indiscutibles y, en efecto, falsificar un milagro podía ayudar en la batalla que se estaba librando, pero también podía hacerles perder la guerra. Y las órdenes vigentes en la Oficina del Abogado del Diablo eran pensar las cosas a largo plazo y evaluar siempre los supuestos milagros con sinceridad.

Y luego estaba la muchacha de manos agujereadas, la chica que necesitaba ayuda psicológica, no que el Vaticano legitimara su neurosis. Llamar milagro a aquello sólo serviría para garantizar la destrucción total de la muchacha.

Conrad estaba deseando deshacerse de la chica, condenarla a una enfermedad mental vitalicia, todo en pro del *bien supremo*, y llamarlo daño colateral. Pero para Daniel, cruzar esa línea era ponerse en el lugar de Dios. Una cosa era tratar de cumplir con la voluntad de Dios y otra muy distinta tomar Sus decisiones por Él. La soberbia era el mayor pecado de Daniel, pero no parecía tan monstruoso en comparación.

Musitó una larga oración por la chica, se santiguó y volvió a concentrarse en la carretera que tenía ante sí.

—No puedo creer que haya permitido una cosa así.

El padre Nick, director de la Oficina del Abogado del Diablo, se encogió de hombros y se retrepó en la silla.

—No estaba en mis manos. Su Eminencia supervisa ambos departamentos, y si quería tenerte en Servicios Sociales Internacionales...

—Soy un *investigador*, no tengo nada que hacer en Servicios Sociales. Lo sabe usted bien.

—Tranquilo, Dan. No se está juzgando tu talento como investigador. —Nick señaló una silla que había delante de su escritorio—. Siéntate.

Daniel se sentó.

—Es por política, ¿verdad? Conrad se enfadó porque yo no quise legitimar un engaño y metió por medio al cardenal Allodi.

—Esa sería mi teoría —dijo Nick—. Su Eminencia no compartió sus deliberaciones conmigo. Yo abagué por ti, pero... —Se levantó para acercarse a la artística barra de caoba y sirvió un dorado Armagnac en un par de copas de cristal—. He echado un vistazo a tus correos electrónicos sobre el caso. Dices que no hay milagro.

—No hay milagro. Solamente una adolescente confusa lesionándose con clavos en las manos y en los pies cuando le dan la espalda. —Cogió la copa que le ofrecían—. Y le dan la espalda muy a menudo. Todo el mundo quería que fuera auténtico.

Nick se sentó.

—En fin. Ya sé que a veces es duro.

—La chica empezó a lacerarse a los doce años. Durante *tres años* toda la población, familia, amigos, incluso su párroco, la trataron como si fuera un regalo de Dios. Pasé tres días en aquel manicomio y te aseguro que esa niña está gravemente trastornada. —Bebió un largo trago de coñac—. Y fuimos nosotros quienes les enseñamos que los estigmas existen.

El padre Nick miró fijamente a los ojos del joven sacerdote.

—El hecho de que tú no hayas visto ninguno aún no significa que no existan.

Pero en el decenio que llevaba investigando supuestos milagros para el Vaticano, Daniel no había visto aún absolutamente nada. Sólo personas que se causaban estigmas adrede, esquizofrénicos que oían voces y estafadores profesionales que echaban agua con sal en esculturas ahuecadas de la Santísima Virgen. Diez años de manchas de óxido en bidones de aceite que *casi se parecían* a Jesús cuando se miraban con los ojos entornados, con la cabeza inclinada en determinado ángulo y con un intenso deseo de ver al Hijo de Dios en ellas.

Diez años.

Setecientos veintiún casos.

Ni un solo milagro.

No era que Daniel no estuviera esperando ninguno. Pero incluso dejando a un lado los principios básicos, aunque estuviera deseando bajar por la resbaladiza pendiente de que *el fin justifica los medios*, la muchacha de Nigeria nunca habría resistido un análisis; la habría denunciado por impostora. Y estampar el sello legitimador del Vaticano en una impostora podía conducir a la clase de propaganda que la Iglesia menos necesitaba en la guerra que buscaba *corazones y mentes*.

—Padre Nick, no estará usted sugiriendo que cambie mi veredicto en este caso, ¿verdad?

—No. Los hay que desearían que lo hicieras, pero yo no soy de esos, y ya he dejado claro ese asunto ante todas las partes interesadas. Pero tienes que afrontar la realidad. El coste de esa decisión es

que tengo que cederte a Conrad durante un tiempo. Seguiré abogando por ti ante Su Eminencia y esperemos que el exilio sea breve. —Tomó un sorbo de coñac y esbozó una sonrisa forzada—. En fin, si Dios quiere un milagro en Nigeria, tendrá que hacerlo Él mismo.

—Vamos, Nick, tiene que haber algo que pueda hacer usted. Conrad es un déspota de primera clase, me volveré loco si trabajo para él.

—No te has puesto en su pellejo —replicó el padre Nick—. Los horrores con los que ha tenido que lidiar..., pero tienes razón, es un déspota. —Miró largo rato dentro de su copa y luego tomó otro sorbo—. La verdad es que ahora mismo tengo un caso por el que podría liberarte de sus garras, alegando circunstancias especiales, pero...

—¿Circunstancias especiales?

—Ese es el problema. Y la verdadera razón por la que no creo que deba asignarte a ti ese caso.

—Lo haré. Haré cualquier cosa.

—Creo que no sería bueno para ti, muchacho. Ya he visto cómo te has implicado personalmente en otros casos...

—En un caso. —Daniel se esforzó por borrar de su voz todo rastro de cólera. Ya había pagado con creces por lo de Honduras, pero la memoria del Vaticano es inagotable. Podía perdonar, pero nunca olvidar—. Hace cuatro años. Vamos, confíe en mí, estoy perfectamente. Puedo hacerlo.

—No lo sé —observó Nick, sin apartar la mirada de los ojos de su subordinado—. ¿Cómo está tu fe?

—La trabajo, como siempre. —Nick no respondió, así que Daniel citó la frase que su superior en rango y en años solía decirle a él—: «La fe es una elección, no una forma de ser». —Sonrió—. Sigo eligiéndola. Eso es lo que importa, ¿no?

—No la estás trabajando, estás corriendo alrededor en busca de una prueba. ¿Piensas que no me doy cuenta? Créeme, me doy cuenta. Hiciste un trato con Dios hace mucho tiempo: fingirías que crees y Él te mostraría Su rostro, y entonces tú creerías real-

mente. ¿Y sabes cómo lo sé? Porque yo también era así de joven. Pero el tiempo pasa y no te haces más joven. —Finalmente sonrió de verdad—. Escucha, tú eres mi Tomás el incrédulo, y te quiero por eso. Espero que algún día, cuando yo sea viejo y chochee, tú estés sentado en esta silla. Pero tienes que trabajar tu fe. No debería decirte esas cosas.

Daniel movió la cabeza.

—¿Qué quiere usted que diga? Sigo eligiéndola, aunque a veces tenga que hacer la elección varias veces al día. Estoy perfectamente, de veras. Quiero ese caso, sea el que sea. Y el hecho de que aún lo estemos discutiendo demuestra que puede usted encargármelo.

El padre Nick le dio la razón afirmando con la cabeza. Tras un largo silencio transigió:

—Muy bien. Tenemos una... bueno, llamémosla anomalía. Y tiene que ver con tu tío.